

## NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

S. C. Brown (ed.), *Philosophy of Psychology*. London: The Macmillan Press Ltd., 1974, xii + 351 pp.

La filosofía de la psicología es un campo de estudio fascinante. Tiene además la peculiaridad de darle al filósofo y al científico la oportunidad de dialogar y discutir cómo han de llevarse a cabo los estudios psicológicos; cada uno de ellos adquiere así la oportunidad de incursionar en el campo del otro. Las ambiciones intelectuales de uno y otro resultan estimuladas así aunque el resultado teórico quede algunas veces en entredicho.

Hay la filosofía psicológica y la filosofía de los estudios psicológicos. La primera se ocupa del análisis de conceptos mentales tales como "desear", "pensar", "percibir", etc. Se la llama también "filosofía de la mente". Como tal, puede ser parte de la metafísica de las personas. En cambio, la filosofía de la psicología o de los estudios psicológicos es parte de la filosofía de la ciencia y examina hasta qué punto los estudios psicológicos alcanzan el nivel científico y cuál modelo de ciencia es el que conviene a esos estudios. El libro que aquí comentamos pertenece a este último tipo de estudio. En él S. C. Brown edita seis simposios que sobre la filosofía de la psicología tuvieron lugar en la Universidad de Kent, en Inglaterra, en el año de 1971.

Los tópicos y participantes en los simposios son los siguientes: el primero versa sobre "La psicología como ciencia de la conducta humana" y en él participaron Sigmund Koch, Donald Davidson y Richard Peters. En el segundo sobre "Acción" participaron W. P. Alston y R. Borger. En el tercero sobre "Aprendizaje humano" intervinieron D. W. Hamlyn, J. Morton y T. Mischel. En el simposio sobre "Percepción" participaron R. L. Gregory, G. E. M. Anscombe y Godfrey Vesey. En el quinto, denominado "Modelos de computadora en psicología", discutieron H. Dreyfus, J. Hangeland, N. S. Sutherland y D. M. Mackay. Finalmente en el de "Determinismo" intervinieron A. Sloman, G. Maudler y A. R. White. Cada simposio lleva al final una selección de la discusión habida posterior a las intervenciones principales.

En su contribución, Sigmund Koch —quien se ha dedicado desde hace más de 35 años a problemas de teoría y metodología— nos dice con tono de legado:

La idolatría de la Ciencia, característica de nuestra

época; ha hecho que se tome *seriamente*, ya en todo, ya en parte, este conocimiento espúreo— en todas partes, aun por gente sensible, creativa o versátil. Tal “conocimiento” cuando lo asimila una persona, no es algo neutral que se agrega a su remanente de confusiones; por el contrario, posee una terrible capacidad para prejuiciar las más profundas actitudes del hombre hacia el hombre, para polarizar su sensibilidad. (pp. 6-7)

El mecanismo, lo sabemos, es simple, pero no por simple menos dañino. Se comienza por venerar la ciencia; luego se intenta transponer los modelos científicos al campo psicológico para finalmente admitir con toda reverencia los enunciados científicos que resultan de esa transposición. Koch siente la falsificación y —usando de su autoridad— procede a denunciarla. Muchos pensarán que se trata de una repulsa anti-científica familiar. No es así, sin embargo. “Psicología”, de acuerdo a Koch, es una palabra que encierra confusión. Parece insinuar un cuerpo homogéneo de saber, pero no existe tal.

Koch esquematiza un modelo científico al que llama “analítico”. Según este modelo se requieren dos elementos para arribar a una ciencia como la astronomía, la mecánica y algunas ramas de la física. El primero lo constituyen las “variables” que se arrancan a un área de fenómenos las cuales demarcan aspectos importantes de la estructura de esa área cuando se considera a ésta en una forma ideal. El segundo lo constituyen las relaciones internas de esas variables que permiten ordenarse como sistema matemático de manera tal que permita describir los cambios de aspectos de estados del sistema como funciones del tiempo y/o cambios del sistema descriptibles como alteraciones de los valores de variables especificables.

Según Koch, sólo la psicología biológica y la psicología sensoria han admitido la aplicación de ese modelo analítico; en las otras áreas el resultado ha sido un rotundo fracaso. Este fracaso se traduce en mistificación, tareas absurdas, confusión y como resultado de todo ello, en la idea de que hay otros tipos de psicología científica. La verdad es otra: se trata simplemente de que el modelo analítico de ciencia no funciona en la abrumadora mayoría de las áreas de la psicología. Pero entonces no hay “psicología” simplemente: hay estudios psicológicos, variados, distintos entre sí.

Koch no es un esencialista: no dice que el modelo analítico no pueda aplicarse a los estudios psicológicos; sólo dice que no hay solución a la vista y sí hay muchos fracasos. Esos fracasos constituyen conocimiento negativo: nos dicen que por  $x$  camino no se

puede avanzar. Quizá algún día todo ese saber negativo pueda fecundar en algo positivo. Lo importante es no hacerse ilusiones ahora ni respecto a la aplicabilidad del modelo analítico ni respecto a la homogeneidad del estudio— ilusiones que por tener que ver con la vida de las gentes son tanto más destructoras.

Muchos creen que la desviación es la salvación y recurren a vestir las ideas de Freud con ropaje analítico o a inventar una “psicología humanista”. Koch no, y son muy interesantes sus disgresiones al respecto. Comencemos por Freud.

Según Koch, Freud puso de manifiesto importantes verdades humanas. Pero no ayuda en nada el querer ver esas verdades como verdades científicas según el modelo analítico. La distancia entre lo dicho por Freud y la neurofisiología es tan grande que es mejor olvidarse de los propósitos de reducir aquélla a ésta. De otra parte, la teoría del arte de Freud muestra su excesivo simplismo y deja de lado aquello que es importante en el arte desde un punto de vista psicológico.

Jung representa en muchos sentidos una mejoría frente a las abstracciones de Freud, pero su lenguaje metafórico lo mantiene más alejado aún del modelo analítico de la ciencia que aquél, asienta Koch.

Más viva —por anecdótica— es la crítica a la “psicología humanista”. Koch presenta la tesis subyacente a las distintas terapias de grupo como basada en oscuras intuiciones alejadas por completo del ideal científico. Peor aún resultan sus prácticas colectivas de las que casi se mofa.

“Debemos hacer lo que podamos” concluye Koch respecto de los estudios psicológicos. Esa declaración adquiere proporciones dramáticas cuando uno considera que la Asociación Psicológica Americana tenía, en 1971, 25 000 miembros (y la Asociación para la psicología humanista tenía, en 1968, 1 500 miembros).

Donald Davidson, en “Psychology as Philosophy”, resulta, en un sentido, más tajante que Koch. Para Davidson no se trata de que la psicología no sea una ciencia, sino de afrontar un dilema: o bien la psicología incluye las actitudes proposicionales o no las incluye. Si es lo primero, se enfrentará con el holismo (totalismo) propio de esas actitudes proposicionales irreductibles y tendrá que abandonar toda pretensión científica. Si es lo segundo, entonces puede ser ciencia pero habrá renunciado a aquello que la distinguía.

La postura de Davidson se basa en su teoría del monismo anómalo de acuerdo al cual hay dos lenguajes, el mental y el físico, los cuales refieren a un único tipo de entidades, a saber, eventos. Los dos lenguajes son irreductibles el uno al otro. Las descripciones elaboradas en lenguaje mental están decisivamente relacionadas en

tre sí de manera que su consideración requiere incursionar en la naturaleza de la racionalidad, la coherencia y la consistencia. Ello las torna inmunes a las explicaciones de tipo científico. Davidson cuenta de su fracaso en la teoría de la decisión e imputa el mismo a ese elemento normativo de las actitudes.

Dije que Davidson es más radical que Koch. Ello es porque Davidson señala una limitación esencial: lo intencional es irreducible a lo físico en cualquier mundo posible y sólo hay ciencia física (sólo ella predice y subsume los fenómenos bajo leyes deterministas); por lo tanto, no puede haber ciencia intencional. Como esencialista Davidson queda cerca de otros esencialistas de los que parecía estar totalmente alejado, como por ejemplo de Renato Descartes, quien está de acuerdo con el dualismo lingüístico de Davidson, sólo que Descartes va más allá de ese dualismo. Los estudios psicológicos de acuerdo a Davidson se reducen a tres clases: la lógica y la teoría de la decisión racional que son no-empíricas, el conductismo y el estudio de lo intencional y de las actitudes proposicionales las cuales alinea junto a la filosofía —quizá para no hablar de otro modelo de ciencia.

Muchos pensarán que la tesis de Davidson proporciona un consuelo en la medida en que permite ciencia física de esos mismos eventos descritos en el lenguaje mental; no es claro lo que quiere decir "mismo" aquí, pero de todas maneras el consuelo es pobre pues de lo que se trataba era de una ciencia de lo mental y la teoría de Davidson se pone del lado de los que consagran el dualismo mente-cuerpo, interpretándolo como un dualismo filosofía-ciencia.

El profesor Richard Peters en cambio se pone del lado de los que, sin aceptar la reducción de la psicología a la física, no le niegan por ello carácter científico a aquélla. Peters cree en varios tipos de ciencia y piensa que hay estudios psicológicos que han avanzado más allá de la mera experiencia a generalizaciones que nos permiten comprender mejor a las personas. Peters ve el progreso de la psicología como un progreso particular a partir de áreas tales como acción, percepción, aprendizaje, memoria, psicología fisiológica, etc. y no mediante una teoría totalizante que imponga un modelo absoluto como las propuestas por Hull y Lewin. La opinión de Peters —sobra decirlo— es incapaz de convencer a un fisicalista.

Podemos estar seguros de que la polémica continuará creciendo; empero, es muy estimulante encontrar testimonios como el presente que nos permiten ver con claridad en donde se encuentran, en general, los estudios psicológicos.

Éste es el simposio más general de todos. En los cinco restantes se discuten problemas específicos de la investigación psicológica.

En el último de ellos se aborda el problema especulativo del determinismo. Veamos.

En el simposio sobre acción, W. Alston observa que, a pesar de que se ha hablado mucho de una "ciencia de la conducta", el afán científico ha quedado demasiado alejado en el caso de la acción, conformándose con establecer débiles correlaciones estadísticas. No hay un estudio de los determinantes de la acción humana en dominios particulares y menos aún de los determinantes de una acción particular.

Alston piensa que hay que proveer a esas omisiones y parte de ese proveer —una parte primaria, filosófica— consiste en aclarar los conceptos mismos de acción de manera de esclarecer "cómo se relacionan a los recursos y limitaciones conceptuales de los varios tipos de teoría psicológica".

Esto suena demasiado *a priori* para muchos y resulta peor cuando se lo mezcla con prácticas del lenguaje ordinario. Empero, dejando a un lado esos reparos de tipo general, veamos lo que Alston nos propone.

En primer lugar, Alston propone un análisis de los conceptos de acción. En ese análisis encuentra un elemento intencional irreducible a lo físico. Esto elimina un tipo de teorías como aptas para lidiar con esos conceptos, a saber, las teorías conductistas. El campo queda abierto entonces para otro tipo de teorías, a saber, teorías intencionales (*cognitive-purposive theories*), que denominaré C-P de ahora en adelante. Estas teorías, en cambio, pueden usar conceptos de acción intencional pero tienen un defecto, a saber, que la variable dependiente de su modelo explicativo no puede incluir movimientos corporales o los mecanismos de esos movimientos y debe contentarse con intenciones presentes solamente. Estas teorías deben esperar el progreso de otras ciencias para explicar aquello que es su objeto, a saber, la conducta humana.

No significa esto que las teorías C-P hayan fracasado, replica Alston, sino sólo que aunque ellas permiten comprender mejor la conducta humana, necesitan explicar los mecanismos que conectan las intenciones presentes a los movimientos corporales antes de cumplir su cometido. Alston no considera esta conclusión como algo negativo; por el contrario, el avance es tan grande como cabría esperar. Además, es positivo; el esquema intencional prepara el camino para incorporar los avances de la neurofisiología.

Borger reclama a Alston el rechazo del fisicalismo en la teoría de la acción y dice que lo que hay que buscar en particular es un acercamiento entre las teorías C-P y las teorías fisicalistas.

La psicología del aprendizaje constituye uno de los campos que mayor atención ha recibido recientemente. En particular, el avance

de la lingüística ha traído al foro la teoría del aprendizaje. Hamlyn se dedica en su contribución a mostrar lo inadecuado de una teoría que apela al innatismo (recientemente resucitado por Noam Chomsky). Hamlyn presenta los argumentos usuales en contra de una explicación innatista. La verdad es que ambas partes parecen encarnar una disputa poco creíble (y aburrida).

En contra del conductismo, Hamlyn intenta incorporar al análisis de “aprender” el conocer. J. Morton le objeta que “conocer” es un término oscuro que no puede dar claridad al primero y por el contrario, precisa de análisis él mismo. En particular, Morton le objeta a Hamlyn el uso de la metodología del lenguaje ordinario. Hamlyn responde diciendo que si la teoría del aprendizaje va a explicar algo, ello sería nuestro concepto ordinario de aprender y que ese concepto está ligado (¿ordinariamente?) al concepto de conocer. Más importante aún, Hamlyn objeta que no podríamos esperar a construir modelos del aprendizaje para poder entender lo que significa “aprender” con precisión; por el contrario —dice Hamlyn con característica seguridad— el procedimiento es el inverso.

Apurado por Morton, Hamlyn se ve constreñido a presentar una tesis sobre el aprendizaje, a saber, que el aprendizaje está ligado al conocimiento y por él a la verdad y por ella al acuerdo (social), y que por lo tanto resulta esencial a la noción de aprendizaje este factor social. En realidad, se trata de una miniteoría o del enunciado de una teoría que suscita más preguntas que respuestas. Este es, quizá, el destino de los que quieren pagar tributo a Wittgenstein y también proponer teorías.

T. Mischel toma partido con Hamlyn y explora lo que conoce una persona que es competente para hablar un lenguaje y la manera en que lo conoce. Mischel piensa que el sujeto en cuestión debe ser consciente de la regla que gobierna el uso de las palabras y oraciones que emplea, si no al tiempo de ese empleo, sí en alguna instancia posterior. El requisito es demasiado fuerte y es también reminiscente del conscientismo típico de las epistemologías cartesianas, conscientismo que ha resultado en ocasiones paradójicamente de una lectura —sin duda inadecuada— de Wittgenstein.

Richard L. Gregory es una eminencia en la investigación de la psicología de la percepción. Gregory es sensible a los reclamos de los filósofos e intenta conciliar sus intereses con los de los científicos. De esta suerte rechaza las teorías basadas en el principio de estímulo-respuesta como incapaces de dar cuenta de la percepción. A Gregory le parece que los casos de imágenes que se pueden ver, por ejemplo, ya como un pato, ya como un conejo, son decisivos en contra de la tesis del estímulo, pues allí el estímulo es él mismo y lo que se percibe es distinto. Gregory piensa que la verdad está

del lado de las teorías de la información y pasa a proponer la suya propia. Basado en casos como el que le sirve para eliminar a las teorías del estímulo, Gregory propone tratar las percepciones como hipótesis a la manera de las hipótesis científicas para las cuales se ofrecen pruebas o contraejemplos, se fortalecen o se modifican, o peor aún, se eliminan. Cuando alguien percibe, adelanta, por así decirlo, una hipótesis acerca de los datos de sus sentidos, hipótesis que tiene que sobrevivir o perecer frente a los datos adicionales que provee la memoria, las circunstancias, las creencias del perceptor. Conocedor de su campo, Gregory alimenta su tesis con ejemplos imaginativos capaces de persuadir al más avisado.

Pero no sucede así con Elizabeth Anscombe quien rechaza el término hipótesis como apto para capturar los hechos de la percepción. Según Anscombe, "hipótesis" funciona en casos como el de la percepción del lenguaje cuando hay un fondo de ruido o interferencia pero no en casos donde uno puede ver una figura grabada ya como un conejo, ya como un pato. Esto es así porque en el primer caso uno oprime lo que oye parcialmente a lo que oíría plenamente mientras que en el segundo caso se trata de otra diferencia. La técnica de Anscombe consiste en eliminar notas al término "hipótesis" de manera de obligar a Gregory a retirarlo por inapropiado.

Godfrey Vesey escribe con característico estilo británico, y en un apéndice añadido especialmente para la publicación de este volumen da su opinión al respecto. Según él, lo que el filósofo (Anscombe) debe decirle al científico (Gregory) es algo como esto: "padeces de una confusión al usar 'percepciones' pues no has distinguido entre, digámoslo así, apariencia en sentido epistémico (creencia acerca de algo, verdadera o falsa) y apariencia en sentido óptico (lo que el ojo registra de los objetos). Casos como el del conejo-pato son importantes porque en ellos la apariencia óptica permanece igual mientras que la apariencia epistémica se altera, y esto resulta importante a su vez porque una teoría que hoy día goza de gran —renovada— popularidad, a saber, la teoría causal, comete el error de mezclar esos dos sentidos de "apariencia". Según Vesey lo que el programa causal se propone es precisamente transitar del sentido óptico de apariencia, al sentido epistémico y esto, a su entender, es como querer mezclar el agua y el aceite. Vesey no ofrece sus argumentos en contra de ese tránsito pretendido y absurdo en este apéndice sino en su pequeño libro *Perception* (Londres, 1972).

En la discusión uno puede apreciar las virtudes y defectos de ambas posiciones porque ambos Anscombe y Gregory retroceden a sus campos de trabajo y dejan ver la diferencia —de opinión al menos— entre los que hacen o tratan de hacer ciencia y los que hacen filosofía. Gregory rechaza la oferta que a nombre de los filó-

sofos le hace Vesey diciendo que es una oferta de árbitro, no de jugador, mientras que Anscombe califica como demérito de la teoría de Gregory el no ajustarse a la gramática de "hipótesis".

Al discutir sobre si la mente puede representarse como un computador (esto es, como un sistema que procesa información) la discusión tiende a simplificar cuestiones y a caer en la caricatura; las acusaciones de incomprensión, ceguera, etc. sólo revelan que el campo está plagado de distintos tipos de fe y pocos resultados —si es que los hay— firmes. No quiero decir que discusiones como la que aparece en este volumen sean inútiles sino que el lector interesado debe participar en ellas de lleno y no al través de una reseña. Dejo de lado el simposio sobre si las mentes pueden verse como computadores.

Finalmente los miembros del simposio quisieron discutir sobre el tópico abstruso del determinismo. A. Sloman intenta persuadirnos de que el determinismo es una tesis empírica y como tal no admite de refutación filosófica, al tiempo que asegura que ese determinismo no elimina la responsabilidad o implica la identidad mente-cuerpo o la ineficacia de lo mental en lo físico. Al decir de Mandler y Kessen, Sloman confunde determinismo con reducción fiscalista. Alan White les objeta a su vez que ellos tampoco tocan el tópico anunciado y por ello se dedica a comentar sobre los tópicos que sí tratan ellos. Como es de esperar, la discusión no está a la altura de la oscuridad y complejidad del tema que se proponían abordar.

Curiosamente, al final de su simposio Mandler y Kessen declaran la existencia de un abismo entre filósofos y psicólogos y Sloman se queja del carácter conjetural e inútil de las contribuciones de los dos últimos simposios —incluyendo la suya. Esto coincide con la insatisfacción declarada por S. Koch en el primer (y más general) simposio. Ello es indudablemente un signo o síntoma del carácter de los estudios psicológicos hoy día. Hasta hace poco parte integral de la filosofía, la psicología intenta aun hoy día hacerse campo entre las ciencias establecidas que la desdennan y rechazan. No es claro si convenga a los humanos el que los estudios psicológicos adquieran el *status* de ciencia pero mientras la querella continúa los filósofos harán bien —no sólo en virtud de la paternidad perdida— en asomarse de vez en cuando al campo de disputa de manera que no se vean sorprendidos por la ventaja o el triunfo súbito de uno de los contendientes.

ENRIQUE VILLANUEVA